luego tuviese en su dedo el anillo nupcial; y sobre todo, Daniel lo quería así. Quizás suspirase en secreto por el ramo de azahares de la desposada, por la canastilla de boda y demás accesorios acostumbrados. Pero inmediatamente después de celebrado el matrimonio se proponían anunciarlo; es más, irían á pasar la luna de miel á la Casa Roja, la quinta de su padre. De nada tendrían que avergonzarse.

Con estos y parecidos argumentos acalló Josefina la voz de su conciencia; y por fin un hermoso día, á fines de Mayo, la señora Bourchier se presentó á su marido, temblando y con una carta abierta en la mano.

—Estoy muy ocupado, Adelaida,—le dijo él con impaciencia.

Pero su esposa le entregó la carta sin pronunciar una palabra. Era de Josefina. Una carta penitente, á la vez que triunfante. Se había casado con Daniel aquella mañana. Estaban en la Casa Roja, donde permanecerían algún tiempo. Sentía muchísimo haberles ocultado aquel paso, pero Daniel se lo había contado *todo*; y estaba segura de que papá los perdonaría de todo corazón, á su esposo y á ella, cuando supiese cuán generosamente estaba dispuesto á conducirse Daniel *en el asunto*.

Felipe Bourchier leyó aquella carta de la cruz á la fecha. En tanto su esposa aguardaba ansiosamente que manifestase su parecer, no sin decirse que el curso de los sucesos era en definitiva el más conveniente para todos. Su marido puso por fin la carta sobre la mesa de la biblioteca, le dirigió una mirada que le heló la sangre en las venas, y pronunció una blasfemia horrible que la hizo temblar. Después extendió los brazos y cayó sin sentido sobre la mesa, manchada con la sangre que brotaba de su boca.

Su castigo había empezado.

CAPÍTULO IX

La hermosa Francini

Estamos otra vez en primavera y han pasado tres años desde los sucesos últimamente referidos. No nos rodea el verde de los prados, sino el de las olas; de esas olas pequeñas, turbulentas, que se lanzan en todas direcciones y que convierten al canal inglés en terror de les viajeros. El bapor de Newhaven acaba de salir del puerto de Dieppe y sus pasajeros se preparan á gozar del viaje.

Los vapores destinados á la carrera del canal no son de muy grandes dimensiones, porque la rada de Dieppe no permite la entrada á barcos de mucho tamaño. Sin embargo, á pesar de lo largo de la travesía, es sorprendente el número de viajeros que prefieren la vía de Dieppe á la más corta de Calais y Douvres. El viaje desde París en ferrocarril es mucho más breve por la primera vía, y mientras los viajeros están en tierra afirman unánimes que prefieren con mucho el vapor á los reducidos vagones de los ferrocarriles franceses; pero á no ser buenos marinos, se arrepienten y se desdicen de aquella opinión á poco de embarcados, y pasan el resto del viaje por mar ansiando divisar las blancas rocas de la costa opuesta, como las divisan los que van por la vía de Calais casi desde el punto y hora en que se embarcan.

Sin embargo, una vez á bordo todo arrepentimiento es tardío y hay que resignarse durante siete, ocho, nueve horas, las que sea. El vapor cabecea y de vez en cuando una ola más osada y mayor que sus compañeras logra rebasar la proa del buque, para caer convertida en menuda y espumosa lluvia, y aun á veces consigue colarse á bordo, remojando á los pasajeros de proa y yendo á morir en casi imperceptibles partículas, allá á mitad del barco. Hermoso día para navegar á la vela, de esos en que los botes

pilotos arrían sus foques y corren ante el viento con las velas mayor y de trinquete, mojadas hasta una altura de dos ó tres pies.

Muchos pasajeros llevaba el vapor el día de que hablamos; hombres y mujeres de todos los tipos y condiciones y en todos los grados de comodidad y de sufrimiento. Iban unos á sus anchas, otros había empeñados en parecer tan serenos como aquellos, algunos que aun sabiendo lo que les esperaba luchaban contra su destino inevitable, y no pocos pue sucumbían al primer embate y ocultaban sus ansias en los estrechos camarotes instalados sobre cubierta. Como sólo dos pasajeros nos interesan, prescindiremos de todos los demás.

Era el primero un joven alto, de tipo inglés muy marcado, aunque sin llegar á la exageración. De unos veinte y cuatro años de edad, con ojos azules, facciones regulares, cabello castaño claro, color blanco y sano, pronunciada la barba, anchos los hombros, esbelto y con manos y pies bien proporcionados. Era en verdad un ejemplar excelente de la mezcla del primitivo bretón, sajón, danés, normando y sabe Dios qué otras razas ó pueblos. Cubríalo del cuello á los pies grueso y holgado abrigo y llevaba una gorra de viaje. A pesar del viento luchaba por fumár un ciqarro puro, y á pesar de las olas y de los balanceos paseaba de arriba abajo por el castillo de popa.

El otro pasajero era una señora, una joven, de rostro y formas que indudablemente hubieran despertado en todo artista deseo vivísimo de reproducirlos en lienzo ó mármol. Llevaba un rico vestido de color obscuro; y aunque joven y llena de salud, parecía tomar especiales precauciones para proteger su garganta y pecho. Sentada en uno de los asientos que rodeaban el tragaluz en el centro de la cubierta, gozaba al parecer con los balances y le agradaba sentir en su rostro el viento fresco y puro del mar. Levantábase de vez en cuando y dirigiéndose á la borda miraba las bulliciosas olas y respiraba con delicia. En el asiento

inmediato al suyo se veía una abrigada manta de viaje. Joven como era, tenía el porte majestuoso de una reina y la circunspección de una mujer de mediana edad.

Ni aun las más graves preocupaciones hubieran podido impedir que el joven reparase en seguida en su bonita compañera de viaje, y ésta á su vez en aquel galán que pasaba ante ella cada quince segundos. El último no tardó en decirse que era en extremo hermosa, que hubiera deseado muchísimo hablarle y sobre todo saber quién era; mas no por eso la miró fijamente, como otros hubieran hecho, y mucho menos pensó en sentarse cerca de ella para trabar conversación. Estaba enteramente sola y por largo tiempo nadie se le acercó. El mareo parecía no tener terrores para ella, como tampoco los tenía para su silencioso admirador. Rara es la mujer que gusta de los balances de un vapor y á quien agraden, en lugar de asustarla, las fuertes brisas del mar y no hay hombre que no la admire. Desde luego, toda mujer de ese temple tiene la ventaja de poder viajar sin convertirse, como la mayoría de sus compañeras, en pesadísima molestia ó en objeto de compasión para los viajeros del sexo fuerte.

—Supongo que toda su familia estará abajo, víctima del mareo,—se dijo el joven.—Mujer tan seductora no puede viajar sola; y sin embargo,—continuó,—con ese porte majestuoso bien podría ir de Ssn Petersburgo á Londres, sin acompañante y sin el más mínimo temor de verse ofendida.

En estas reflexiones estaba cuando una mujer, probablemente una doncella de servicio, se acercó á la viajera. El mareo había hecho estragos en la recién llegada, que apenas podía tenerse en pie y cuyo rostro estaba tan verdoso como el agua del mar. A costa de heroicos esfuerzos pudo llegarse hasta su señora y preguntarle en francés si podía servirla en algo.

—¡Pobre muchacha! ¿Servirme tú? No, ve á acostarte

otra vez y procura pasar el resto de la travesía lo más cómodamente que puedas. Anda; ya no falta mucho.

En aquel momento se hallaba el joven cerca de las dos mujeres y no pudo dejar de sonreirse al ver á la pobre camarera, mareada á más no poder, ofreciendo sus servicios á su joven ama. Esta acertó á mirar entonces al viajero y adivinando sus pensamientos, volvió la cabeza para ocultar á su vez la sonrisa que daba á su rostro una expresión deliciosa.

El interés del joven iba en aumento. Decíase que á él le tocaba, por cortesía, ofrecer también sus servicios; pero á la vez comprendía que la hermosa no necesitaba absolutamente nada, que se sentía muy satisfecha y que sus ofrecimientos serían inútiles. Deseaba vivamente una oportunidad de hablarle sin pecar de importuno y por fin la consiguió de la manera más inesperada y un tanto risible.

Una ola mayor que las otras alcanzó de través al buque y el fuerte balance que siguió á la embestida le hizo perder el equilibrio, precisamente al pasar frente á la joven. Cayó desplomado en el asiento inmediato al de ésta y sólo haciendo un vigoroso esfuerzo evitó caer de lleno en su regazo. Levantóse y pidió perdón por su torpeza; absolvió le la viajera con una ligera inclinación y él se descubrió y prosiguió su paseo, sintiendo no haber tenido bastante presencia de ánimo para aprovechar mejor aquel incidente, del que bien podía decirse que casi los había arrojado uno en brazos del otro.

Al caerse tenía el cigarro en la mano y en su turbación se aferró á él como al proverbial clavo ardiendo, pero la extremidad encendida salió del lance deshecha y apagada. No valía la pena de volverlo á encender y se lo arrojó á los peces.

A las pocas vueltas notó un fuerte olor á quemado, y buscando la causa no tardó en observar que la manta dt viaje inmediata á la joven se hallaba en estado de combustión lenta pero segura. Horrorizado ante la enormidad de su crimen, asió la manta y arrojándola sobre cubierta apagó el fuego con los pies; en seguida procedió á excusarse por segunda vez, tarea que le hizo muy fácil la risa que retozaba en los labios de la viajera. Ya aceptadas sus excusas, arriesgó algunas palabras más y acabó solicitando de ella permiso para sentarse á su lado. A los pocos minutos estaban en animada conversación. El se alegró infinito al descubrir que no era francesa, como la creía desde que la oyó hablar á su mareada doncella. Conocía bastante bien aquel idioma, pero naturalmente prefería el suyo propio.

Después de hablar un rato sobre la travesía, el vapor, la mar y el viento, le dijo cómo había estado á punto de pedirle perdón por su torpeza en francés y cuánto le placía ver que era inglesa.

—Pero es que no lo soy,—observó ella.

—¡Que no es usted inglesa! ¡Pues todo el mundo lo creería!

—No, soy norteamericana.

—Es lo mismo. Formamos todos una gran familia. Seguro es que desciende usted de los ingleses.

—¡Oh, sí! mi padre lo era.

—Pues entonces la reclamamos á usted como nuestra, desde luego.

—No me opongo á ello. Creo que me gustará Inglaterra.

—Pero supongo que conoce usted el país.

—Sólo unos meses he pasado en Londres, en toda mi vida. Pero nada sé del resto del país, nada fuera de esa ciudad. Anhelo recorrer los campos ingleses y conocer á las gentes del pueblo.

—¡Ah! pues para formarse el mejor concepto de unos y otras debería usted ir al Vesire.

—¿Vesire? Supongo que en él reside usted, puesto que así lo recomienda.

—Sí, allí tengo mi casa, es decir, la casa de mi padre; por más que yo me ausento de ella con frecuencia.

—¿Vive su padre?—preguntó ella como si le envidiase aquella felicidad.—¿Y quizás tenga usted madre, hermanas?

—Sí, las tengo. Y también un hermano.

—Es usted dichoso. Pero no dudo que conoce y sabe usted apreciar esa felicidad. Para saber lo que vale una familia hay que estar solo en el mundo.

—Muy cierto es. Mas no olvide usted que cuando se tienen parientes hay que compartir también las penas y desgracias de algunos de ellos.

—Compártalas usted sin quejarse, satisfecho con saber que tiene á quienes, llegado el caso, sabrán consolarle y sobrellevar también sus propias desdichas.

La joven hablaba con toda sinceridad. Sín saber por qué se sentía satisfecha y llena de confianza en compañía de aquel desconocido, que se expresaba discreta y juiciosamente y tenía el buen gusto de no dirigirle lisonjas ni cumplidos. Era tal la seriedad de su carácter, que se imaginaba de más edad que su compañero y le hablaba como si lo fuese, aconsejándolo.

—Para mí no hay en el mundo felicidad mayor que la de pertenecer á una numerosa familia, donde las alegrías ó las desdichas de uno son también las de todos los demás, —continuó ella con los ojos fijos en las olas y como hablándose á sí misma.

—Bello ideal, pero muy distante de la realidad. Hay que tener siempre en cuenta los matrimonios que ocurren en las familias y que vienen á ser como un elemento de discordia. A ellos se debe la entrada de personas extrañas en aquel círculo encantado del hogar doméstico; y de ahí disgustos y amarguras, el olvido de los primeros ideales, la substitución de un amor por otro.

—No lo comprendo á usted bien.

—Pues ya que somos extraños uno á otro, puedo explicarme con alguna mayor claridad. Hace tres años que una hermana mía, la niña mimada de nuestra casa, se casó en secreto con un hombre á quien había visto por primera vez algunas semanas antes y totalmente desconocido para mí.

—¿Es pobre ó indigno de ella?

—Ambas cosas. Poco hubiera importado su pobreza, porque no nos faltan bienes de fortuna y mi padre hubiera provisto á su bienestar. Pero el marido es un bribón, un aventurero tan hábil como bien parecido. Se hizo amar de mi hermana y al cabo de un año se cansó de ella.

—Razón de más para que usted la quiera con redoblado cariño.

—La quiero tiernamente, pero de nada le sirve mi fraternal afecto. Mujer al fin, continúa viviendo con él aun después de haberla tratado vergonzosamente, y creo que si el tal muriese lloraría ella su muerte. A pesar de que es un truhán, y ella lo sabe, debe quererle más que á sus padres y hermanos, ó de lo contrario se separaría de él. ¿Cómo explica usted esto?

—Fácilmente, con sólo recordar que es mujer,—dijo ella sonriéndose.

—Mi padre se puso á la muerte cuando tuvo noticia del matrimonio y desde entonces se ha verificado en él un cambio marcado. Pero ¿para qué molestarla á usted con el relato de ajenos disgustos? Muy bondadoso ha de ser el carácter de usted para haberme animado á elegir semejante tema de conversación.

La joven se sonrió. Aquel era un cumplimiento, pero de los que ella podía aceptar con placer.

—¿Viene usted de muy lejos?—preguntó él, cambiando de asunto.

—De Milán, con un descanso de pocos días en París.

—¿Y viaja usted sola?

—Sí, sola. No se escandalice usted, porque estoy acostumbrada á verme reducida á mis propios recursos. Mi

único amigo, abogado, curador, la verdad es que ni sé cómo llamarle, se proponía esperarme en París, pero asuntos importantes se lo han impedido.

El joven sentía viva curiosidad por saber la posición social de su compañera de viaje y no pudo menos de preguntarle:

—¿Vive usted en Londres?

—No; como le dije á usted, no tengo una residencia fija, un hogar, en esa ciudad. Sin embargo, creo que ahora tendré que residir casi siempre en Londres.

Mucho hubiera dado su interlocutor por saber su nombre, pero no podía, no quería llegar al extremo de preguntárselo. Lo único que pudo hacer fué confesarse que era la mujer más encantadora que había visto en su vida, y casi empezó á desear que el vapor sufriese alguna avería grave que prolongase el viaje indefinidamente y aunque los hiciese naufragar, con la esperanza absurda de salvarle la vida ó prestarle algún servicio. Deseo muy natural en él, pero tan egoísta como injusto para los demás pasajeros.

Aunque la travesía fué algo más larga que de costumbre, á él le pareció cortísima. En Newhaven procuró hacer todo lo posible por servirla, pero sin encontrar apenas pretexto suficiente. Es cierto que la viajera tenía mucho equipaje, pero estaba, naturalmente, en la bodega del buque; lo único que pudo hacer fué llevar á tierra el abrigo y el saco de mano de la joven y sostener compasivamente á la desventurada camarera. Vió después cómo su compañera de viaje saludaba á un caballero de mediana edad que esperaba su llegada y con quien tomó asiento en el tren, pero él no se permitió entrar en el mismo coche. Al llegar el tren á Londres la buscó con la vista, pero no pudo divisarla y siguió su camino desconsolado, preguntándose si volvería á verla, como ardientemente lo deseaba.

Poco antes de separarse había obtenido algunos informes adicionales, lo suficiente para dejarlo aun más curioso y perplejo. Al acercarse el vapor á Newhaven se sintió pesaroso y un tanto afligido. Habían hablado tan amistosamente, como antiguos conocidos, que naturalmente le disgustaba su próxima separación.

—Cosa extraña, había dicho él, y casi puedo llamarla también triste para mí, esto de que cuando el vapor atraque al muelle sigamos Vd. y yo nuestros caminos respectivos, quizás para no volver á venos nunca.

—Yo lo sentiría de veras, dijo ella sonriéndose; pero por mucho que aquellas palabras pudieran halagar la vanidad de cualquier hombre, el tono con que las pronunció decía bien claro que sólo la urbanidad las dictaba.

—Sin embargo, continuó la joven, soy bastante presumida para atreverme á esperar que Vd. me oirá y me verá todavía con frecuencia.

Aquellas palabras le dejaron confuso.

—No comprendo; ¿me conoce Vd. ó conoce á alguno de mis amigos? preguntó, recordando que en su conversación había citado los nombres de varios de ellos.

Pero su interlocutora movió la cabeza negativamente.

—No conozco á media docena de personas en Inglaterra.

—¿Pero volveremos á vernos?

—No digo precisamente á vernos, sino que, según toda probabilidad, Vd. me verá á mí.

El sorprendido viajero empezó á preguntarse si estaría hablando con alguna princesa, la prometida, quizás, de uno de los príncipes de la Casa Real, á quien él volvería á ver en público y á distancia, como ella indicaba. Pero no le dió más explicaciones y poco después se separaron como queda dicho.

El viajero tomó un coche que le condujo al hotel, pasó aquella noche en Londres y al siguiente día salió para la

Casa Roja, pues se llamaba Alain Bourchier y era el hijo mayor de Felipe Tremaine Bourchier.

Pasaron días y días, pero el recuerdo de aquellas hermosas facciones no desapareció de su memoria. Culpóse duramente por su falta de maña para averiguar quién era, ó por lo menos para saber su nombre, porque á pesar de las misteriosas palabras de la joven temía que pasasen años antes de verla otra vez. Por extraño que á él mismo pudiera parecerle, el tiempo no alteró en lo más mínimo la viva impresión que en él produjera la joven, y la esperanza de encontrarse con ella fué el verdadero motivo de su regreso á Londres, quince días después de su llegada á la Casa Roja.

La bella viajera por su parte pensaba también en él algunas veces y sentíase pesarosa de no haberle preguntado su nombre. Recordaba cuán solícito y atento se había mostrado, le placía el recuerdo de su conversación sensata á interesante, sin cumplidos ni atrevimientos; y sobre todo, no podía negarse á sí misma que aquel joven, el primer caballero inglés á quien había hablado en su suelo natal, era muy bien parecido y contrastaba grandemente con los tipos masculinos de ojos negros y moreno color de que había estado rodeada tanto tiempo en Italia. No hubiera vacilado en preguntarle su nombre, á no ser por aquellos detalles sobre asuntos de familia de que él le había hablado y que le impidieron cometer lo que en tales circunstancias hubiera sido una indiscreción.

Pero, volvieran ó no á encontrarse, tenía ella por entonces otros y muy importantes asuntos á que atender. Pocas semanas la separaban del día en que debía aspirar á muy altos honores artísticos, en que se presentaría ante un auditorio de críticos para que decidieran de su porvenir como cantatriz, y para saber ella misma si aquellos tres años de asiduos estudios en Milán habían sido tiempo y trabajo perdido, ó si su voz era realmente tan poderosa como no vacilaban en asegurarlo muchos y muy severos jueces,

por extremo competentes. Mientras llegaba el día de tan dura prueba había resuelto residir con sus buenos amigos los Trenfil en su quinta del Támesis. Tanto el señor Trenfil como su esposa habían insistido en ofrecerle allí un hogar y Lucy Boucher aceptó gustosa su ofrecimiento, alegrándose de ver que tenía por lo menos dos buenos amigos en Inglaterra.

Todos la recibieron allí cordialmente. Los Trenfil, padre, madre é hijos, habían aprendido á quererla en el corto tiempo que había residido antes con ellos, y á considerarla como de la familia. No habían vuelto á verla desde su salida de Inglaterra, pues aunque le habían prometido hacerle una visita en Milán, siempre ocurría algo que les obligaba á posponer el viaje de año en año. Sin contar con que era aquella familia lo más casera imaginable y por lo tanto ajena á la moderna manía de los viajes. Pasados los primeros saludos de bienvenida y después de enviar á la pobre doncella de Lucy á descansar de las fatigas del viaje y recobrar por ende su natural vivacidad francesa, la señora Trenfil condujo á la recién llegada hasta ponerla bajo las luces de la sala para que iluminasen su rostro, pues ya había obscurecido.

—Y ahora, querida mía, dijo, déjeme Vd. ver lo que ha ganado en estos tres años.

Lucy se quitó el abrigo y permaneció en el lugar designado. Nada tenía que temer de aquella inspección, aun cuando se tratase de jueces menos cariñosos que los que la rodeaban.

¿Habíanla cambiado mucho aquellos tres años? No. Las jóvenes de su tipo apenas cambian; mujeres á los diez y nueve años, continúan siéndolo á los veinte y dos. Pero aquel plazo había servido para perfeccionar todos sus encantos, para darle un porte todavía más gracioso y digno y para infundirle confianza en sí misma; habíale enseñado á arrostrar sin temor las miradas de hombres y muje-

res y convencidola de que ella valía por lo menos tanto como cualquiera de ellos. En nada había perjudicado á su salud el clima templado de Italia; erguida, fuerte, arrogante, verdadera imagen de lo que deberían ser las madres de una raza vigorosa. Para su carrera de artista tenía por lo pronto todas las condiciones requeridas en cuanto á la buena presencia y á la robustez corporal se refería. Tanto la señora Trenfil como su marido la contemplaron con sincera admiración, sus hijas con orgullo de tener tan hermosa amiga, y su hijo, un jovencillo de nacientes patillas y gran admirador de los clásicos, quedó conquistado hasta el punto de embrollar sus citas y repetir no sabemos qué resonante verso sobre unos «ojos de diosa.»

Sin embargo, la hermosura de Lucy nada tenía de altiva, como tampoco se notaba frialdad alguna en sus modales y en su trato. Era ante todo una mujer cariñosa, de leal corazón, con suficientes rasgos femeniles para atraerse el amor de las personas de su propio sexo. Pocos momentos le bastaron para conquistarse la simpatía de todos con su encantadora franqueza. ¿Cansada del viaje? ¿Retirarse á descansar? Nada de eso. Lo único que deseaba era cambiar de traje, bañar su cara en agua fresca y sobre todo que le dieran de comer. Media hora después se sentaba á la mesa con sus amigos, tan lozana, vivaz y dispuesta como al salir de Dieppe aquella mañana.

Había estado en contínua correspondencia con ellos, de suerte que conocían todos los detalles de su permanencia en Milán. Habló de su viaje y de lo bien que había sabido componerse para efectuarlo solo. Las dos hijas de Trenfil la miraban con respeto creciente al pensar en el valor que había desplegado para venir de tan lejos sin la menor protección. El abogado volvió á pedirle perdón por no haber podido ir á esperarla á París, y Carlitos, el hijo, suspiró al pensar que bien pudo su padre haberlo comisionado á él para tan grata tarea, y se dijo que en toda su vida no volvería á presentársele una ocasión semejante.

—¿Es decir que se detuvo Vd. algún tiempo en París? —preguntó el señor Trenfil.

—Sí, diez días. Tenía algunos asuntos que atender allí.

—¿Dónde paraste?—le preguntó á su vez la hija mayor, convencida de que una joven que se atrevía á quedarse sola en aquella ciudad poseía un valor superior á su sexo.

—En una casa de huéspedes muy selecta, muy tranquila y muy fastidiosa. Como que casi no había allí más que viejos, así señoras como caballeros. Pero todos fueron buenísimos conmigo.

—Pero vamos á ver,—dijo el señor Trenfil, ¿se puede saber qué clase de asuntos tenía Vd. en París? Porque hasta que Vd. me deje cesante yo continúo siendo su consejero legal y tengo el derecho de pedir explicaciones ¿eh?

—Pues en París gasté un dineral, amigo mío, y sepa Vd. que eso es todo lo que me propongo decirle y no hay más explicación que valga.

—¡Hola! ¿Con que tan caras son allí las casas de huéspedes?

—¡Ah, tonto! —dijo su esposa; —¿no adivinas qué importante asunto es ese de que habla?

—Ni remotamente; pero espero que todo saldría á pedir de boca.

—Perfectamente,—contestó Lucy. ¡Oh, son hermosísimos! ¡Uno de ellos sobre todo es ideal, delicioso!

Gran emoción entre las señoras al oir tan interesante anuncio.

—¿Cuándo los veremos? ¿Los has traído contigo?—preguntó una de las jóvenes.

—Están en mi equipaje y creo que éste ha llegado ya Los veremos mañana y me los probaré todos.

Las lectoras comprenderán el placer con que era esperado aquel mañana.

—¡Ah, vamos!—exclamó Trenfil. Se trata de vestidos.

—No, señor, de obras maestras, de poemas, de maravillas artísticas.

—Por supuesto. Pero en fin, Vd. es joven y no pudo resistir á la tentación. Y en eso se gastaron los dineros. Corriente. ¿Apuesto á que costarán un ojo de la cara?

Lucy se echó á reir, sacó y abrió su portamonedas y vació sobre la mesa todo su contenido, dos ó tres monedas de oro.

—Vea Vd ,—dijo, lo único que me queda de todo el dinero que Vd. me mandó.

—¡Aprieta! ¡Vaya una manera de gastar! De seguro que me echa Vd. á perder á mi mujer y á mis hijas con tal ejemplo.

—No. Hago como el jugador que arriesga una crecida apuesta; ó mejor dicho, soy una mujer que invierte su capital. Si mis cálculos salen fallidos no sé qué haré con mi flamante guardarropa. Desde ahora se lo ofrezco á su buena esposa, prometiendo hacerle una gran rebaja.

—¡Ah, no!—exclamó Trenfil.—Los fracasos no se han hecho para Vd. Sin contar con que aun sin su carrera artística tiene Vd. lo suficiente para vivir. Ahora ya no habrá dificultades para reclamar la herencia de su padre, y en ello nos hemos de ocupar desde luego.

Lucy se entristeció. El único dolor de su vida era aquel fin misterioso de su padre. Jamás había cejado en su propósito de buscar á Jorge Manders y obligarle á hablar. Sabía que Trenfil no abía obtenido noticias suyas, pero no dudaba que tarde ó temprano ella descubriría su paradero.

Las señoras pasaron á la sala, donde Trenfil prometió reunírseles muy pronto, en seguida que acabase de fumar un cigarro más pequeño que de costumbre, dijo, porque se hacía tarde.

El joven Carlos, que le hizo compañía, no pudo estarse quieto un momento y acabó por pedirle permiso para irse á la sala con las señoras. Trenfil le miró con sonrisa bondadosa, aunque algo irónica.

—Digo, Carlitos, hijo mío, oye el consejo de la experiencia y no te enamores de la señorita Boucher.

Carlos se ruborizó y bajó la vista, confuso y sorprendido de que su padre pudiese leer tan claro sus más ocultos pensamientos.

—Es una joven tan buena como hermosa y tú eres un muchacho muy aceptable. Me siento orgulloso de tí, pero ten muy en cuenta que según todas las probabilidades ella verá á sus pies, dentro de pocos meses, á lo más escogido de la buena sociedad; que su nombre será famoso en toda Inglaterra. Con que piensa bien las esperanzas que puedes tener, y como te digo, no vayas á enamorarte de ella.

—No lo haré, si está en mí el evitarlo,—dijo Carlos muy contrito.

—Tienes que evitarlo. Si noto síntomas alarmantes, te advierto que te tendré en la oficina hasta las nueve de la noche sin faltar un día, con buena copia de arrendamientos, contratos de compraventa, poderes y demandas, y te enviaré á casa tan cansado que te darás por bien servido con meterte en cama cuanto antes. Ya estás prevenido; ahora, ve á la sala, si gustas.

Así lo hizo y y se halló en ella muy fuera de su centro, por cierto, pues su madre y hermanas anticipaban el placer del día siguiente oyendo una descripción detallada de los famosos vestidos. Sería injusto acusar á Lucy y sus amigas de frivolidad; lo más derecho sería culpar al autor por describir á las mujeres como son, aun las mejores y más inteligentes. Baste recordar que se trataba de varios trajes venidos directamente de los talleres de uno de los grandes árbitros de la moda parisiense, para comprender lo que pasaba en aquella casa, donde las mujeres estaban en decidida mayoría.

Pero su conversación se vió interrumpida muy pronto por un violento campanillazo, seguido de grandes golpes en la puerta de la calle. La señora Trenfil se quedó estupefacta. ¡Visitas á semejante hora! ¿Quién podría ser?

¿Quién sino el amable Herr Kaulitz, presa de la más profunda emoción, que parecía haber invadido hasta sus inseparables anteojos comunicándoles inusitado brillo? Entró, apenas anunciado, y siempre cortés comenzó por pedir perdón á la señora de la casa.

—¡Ah, querida señora, Vd. me dispensará!—exclamó tomándole la mano. No he podido evitarlo. Sabía que la señorita Boucher llegaría hoy, esta noche. Perdón mil veces. Imposible dormir sin verla.

Cumplido aquel deber, corrió á Lucy y le estrechó las manos de la manera más vigorosa. Ella se alegró sinceramente de volver á verlo, cada una de aquellas bienvenidas afectuosas que recibía en Inglaterra le causaba verdadero placer. Hízole pues sentar á su lado le preguntó por su salud y sus progresos, por la acogida que había dispensado el público á las composiciones con que él se había dignado favorecerlo; y no olvidó elogiarle y darle las gracias por algunas que el buen profesor le había enviado á Milán. En una palabra, estuvo con él atenta, cariñosa. Sin embargo, el maestro no tardó en parecer inquieto, moviéndose sin cesar en su asiento, limpiando una y otra vez sus espejuelos, alborotándose el cabello aun más de lo que solía estarlo de costumbre y lanzando repetidas miradas á un lado de la sala. Estaba tan nervioso como el amante que se prepara á pedir la mano de su adorada. Era tal su desasosiego que la señora Trenfil y sus hijas se dirigieron algunas miradas, como preguntándose si al buen alemán le iría á dar un súbito ataque de locura. La misma Lucy le miró interrogativamente, obligándole á ruborizarse y á decir en voz baja:

—¡Ah, si me atreviese! Pero no, después de tan largo viaje no estaría bien.

—¿Atreverse á qué, mi buen amigo? preguntó Lucy.

—Se lo he oído decir á muchos, á todos. Escribo á éste y me contesta: «¡Admirable!» Pregunto al otro y exclama: «¡Portentosa!» Y todos están de acuerdo. Yo me desespero

por oirlo con mis propios oídos. Pero no puede ser, ¡es muy tarde!

Había tal acento de abnegación y sacrificio en las últimas palabras, que Lucy se echó á reir alegremente.

—Lo que Vd. quiere es oirme cantar. ¿No es así?

—¡Ah, no! Sería cruel esta noche.

—Pues ya lo creo que lo sería, dijo la señora Trenfil. Nada, Herr Kaulitz, la deja Vd. tranquila esta noche y queda Vd. invitado á venir á oirla cantar mañana.

—Sí, me iré y volveré mañana, dijo el infeliz, con una cara como la de un mártir. Buenas noches.

—¡Qué tontería! exclamó Lucy. ¿Yo cansada? A ver, Herr Kaulitz, venga Vd. al piano y toque el acompañamiento que guste.

El hombrecillo la obedeció regocijado.

—Es Vd. un ángel, demasiado buena; ¡pero deseo tanto oirla!

Sentóse al piano y recorrió el teclado.

—¡Hola! dijo á la señora de Trenfil, lo ha hecho usted afinar. Tanto mejor.

Sin añadir palabra, preludió el aria de las Joyas, de *Fausto*, y miró á Lucy, que hizo una señal de asentimiento.

Era Herr Kaulitz uno de los mejores acompañantes del mundo. Cuanto menos se diga de sus composiciones originales, tanto mejor. Pero sabía enseñar música y acompañaba á un artista como nadie podía hacerlo. Ni seguía al cantor, ni le precedía; le acompañaba. Siempre que podía tenía la costumbre de observar el rostro y en especial los labios del cantor ó cantatriz; y en aquella ocasión al contemplar á Lucy, al verla ensanchar el vigoroso pecho y al oir su voz, que se elevó con fuerza y pureza que aun él, su gran admirador, apenas creía posibles, su emoción fué tal que estuvo á punto de sucumbir á ella y suspender su acompañamiento. Logró terminarlo, sin embargo, tan magistralmente como lo empezara; y cuando cesó aquella ar-

monía dulcísima, cuando la habitación quedó como vacía y sin vida ni color al faltarle el encanto de aquella portentosa voz, Herr Kaulitz saltó de la banqueta del piano, abrazó estrechamente á la cantatriz y estampó dos sonoros besos en sus mejillas. Por sorprendente que fuese aquel acto, no se ofendió la joven; comprendía perfectamente lo que significaba sabía que el entusiasmo había enloquecido al anciano profesor, y sabía también que, aunque ella hubiese sido la mujer más fea del mundo, su saludo hubiera sido idéntico; que no la besaba á ella, sino á su voz. Mucho le agradó aquel fallo, porque el maestro había oído y juzgado á todas las reinas del canto de su época.

—Ella comprenderá, sí, ella comprenderá, decía Kaulitz dirigiéndose á los demás, que yo no he saludado á la mujer, sino á la artista.

—Poco lisonjero es eso para mí personalmente, Herr Kaulitz, dijo ella sonriéndose, por mucho que lo sea para la cantatriz.

—¡Oh, no! exclamó su admirador; yo no puedo lisonjearla. Está Vd. por encima de todas las lisonjas, como mujer y como artista.

Lucy se inclinó con cómica modestia.

—Y ahora, recójase Vd. No debió haber cantado esta noche, ni aun para mí. Yo me voy ahora mismo y ella tiene que retirarse á descansar, continuó dirigiéndose á la señora Trenfil. Sólo pensar que se haya excedido algo, que puede enfermar... ¡Oh, sería terrible!

Presa de sus remordimientos, se retiró tan rápidamente como había entrado. La señora Trenfil insistió en que se siguieran los consejos del maestro y Lucy la obedeció con gusto, porque en realidad la jornada empezaba á parecerle larga.

Pero tardó algún tiempo en conciliar el sueño. Decíase que estaba ya en Inglaterra y que se acercaba el día para ella tan solemne de su estreno. No comprendía ni aceptaba nada definitivo. No se había dedicado á su arte para ganar

dinero como cantatriz de segundo ó tercer orden; aspiraba á un lugar tan alto que su propia temeridad la asustaba á veces, pero con nada menos hubiera quedado satisfecha. Lo que muchas otras hubieran considerado como buen éxito, habría sido para ella un fracaso indiscutible. Proponíanse hacer la prueba, y si el resultado no correspondiese á sus deseos, allí quedaría terminada para siempre su carrera artística. «Sólo uno entre muchos alcanza el anhelado fin», se decía con frecuencia. ¿Sería ella la favorecida por la suerte, ó figuraría entre las medianías? Algunas semanas bastarían para dejar contestada la pregunta.

Porque Lucy, ó la señorita Francini, que era el nombre con que el público la conocía, debía hacer su estreno formal á principios de la temporada teatral, con el papel de protagonista en la ópera *Lucía*.

CAPÍTULO X

Triunfo de una artista

El próximo estreno de una tiple produce siempre alguna sensación en el mundo artístico. Las cantatrices favoritas del público suelen afectar indiferencia, pero no dejan de sentir algún temor ante el triunfo posible de su nueva rival. Por regla general poco saben de su nueva competidora y tienen que esperar con paciencia á que el público haya dado su fallo.

En cambio, los empresarios saben cuanto hay que saber sobre los méritos de la debutante, cuyos estudios y progresos han seguido paso á paso, algunas veces durante años enteros. Si vale la pena, el empresario tiene que emplear no poca diplomacia y aun alguna estratagema para lograrlo. Pero por mucho y muy bueno que sepan, son por regla general los empresarios gente que calla y espera, hasta pasado el estreno; prudencia muy natural, debida á